

# AUTOMOVILES

# Crossley

(Of gas engine fame)

Agencia para España  
PRADERA, URROZ, Y C.<sup>A</sup>  
SAN SEBASTIAN

## Galletas y bizcochos

# "CANTABRIA"

## Insausti y Compañía

FABRICA: BARRIO DE ULIA. Teléfono 386

Despacho: Legazpi, 5. Teléfono 698. San Sebastián

# HIELO

Preparado con agua potable purísima, del manantial que abastece las fuentes públicas del barrio de Lasarte

## Puntos de venta

Calle de Andia, número 4, comestibles.--Calle San Martín, número 46.--Calle de Zubieta, número 11  
Pescadería de la Brecha y de la calle de Urbietta

A los pueblos situados en las líneas de San Sebastián á Bilbao y de Málzaga á Zumárraga se remite de la fábrica

Dirijanse los pedidos á D. LUIS PALACIOS.--LASARTE

Folletón de "LA VOZ,"  
29 de Septiembre de 1913

Esta obra es propiedad de la Casa editorial Maucci, de Barcelona

## El Conde de Monte-Cristo

POR

Alejandro Dumas

PRIMERA PARTE

El castillo de If

CAPITULO PRIMERO

MARSELLA. — LA LLEGADA

El vigía de Nuestra Señora de la Guardia, hizo el día 24 de Febrero de 1815, la señal de que se hallaba á la vista el bergantín «El Farazón» procedente de Smirna, Trieste y Nápoles. Como se acostumbra en esos casos salió inmediatamente en su busca un práctico que pasó por delante del castillo de If subiendo á bordo del buque en un momento, y también como de costumbre, se llenó de curiosos la plataforma del Castillo de San Juan, porque en Marsella se daba entonces gran importancia á la

llegada de un buque y sobre todo si le sucedía lo que al «Farazón» cuyo casco había salido de los astilleros de la antigua Focea y pertenecía además á un naviero de la ciudad.

El buque seguía avanzando mientras tanto, habiendo pasado felizmente el estrecho producido por alguna erupción volcánica entre las islas de Calaspeigne y de Jaris, dobló la punta de Pomegue hendiendo las olas bajo sus tres gubias, su gran foque y la mesana y lo hacía con tanta lentitud y tan ligeros movimientos, que los curiosos, que por instinto presientan la desgracia, preguntábase unos á otros qué accidente podía haber ocurrido en el buque. Los más peritos en achaques de navegación reconocieron en seguida que, de haber sucedido alguna desgracia, no debía haber sido al buque, puesto que, aun cuando con mucha lentitud, seguía avanzando con todas las condiciones de los bien gobernados. En su puesto estaba preparada el ancla, sobre los cabos del hampres y al lado del piloto, que se disponía á hacer que el «Farazón» enfilase la estrecha boca del puerto de Marsella, hallábase un joven de fisonomía inteligente que, con mirad muy viva, vigilaba cada uno de los movimientos del buque y que repetía las órdenes del piloto.

Entre los espectadores reunidos en la explanada de San Juan, había uno que parecía más inquieto que todos los demás y que no pudiendo contenerse más y esperar á que el buque fondeara, saltó á un bote mandando que le llevaran al «Farazón» al que alcanzó frente al muelle de la Reserva.

Al ver que se acercaba el bote y al que

lo ocupaba, el marino abandonó su puesto al lado del piloto y se apoyó, sombrero en mano en el filarete del buque. Era un joven que tendría de diez y ocho á veinte años. Tenía elevada estatura, cuerpo bien proporcionado, hennoso cabello y ojos negros, observándose en toda su persona ese aire de calma y de resolución peculiares á los hombres avezados desde niños á luchar con los peligros.

—¡Ah! ¿Sois vos Edmundo? ¿Qué es lo que ha sucedido?—preguntó el del bote.—¿Qué significan esas caras tan tristes que tienen todos los de la tripulación?

—Una gran desgracia, para mí al menos, señor Morrel,—respondió Edmundo.—Al llegar á la altura de Civita-Vecchia ha muerto el valiente capitán Leclerc.

—¿Y el cargamento?—preguntó con ansia el naviero.

—Intacto, sin novedad, y quedaréis satisfecho. El capitán Leclerc...

—¿Qué le ha sucedido?—preguntó el naviero ya más tranquilo. ¿Qué fué lo que lo pasó á ese capitán?

—Murió.

—¿Cayó al mar?

—No, señor, murió de una fiebre cerebral seguida de los padecimientos más horribles.

Volviéndose luego á la tripulación: —¡Hola! ¡eh!—dijo—cada uno á su puesto que vamos á anclar.

Y la tripulación obedeció, lanzándose inmediatamente los ocho ó diez marineros que la componían unos á las escotas otros á las drizas, y otros á cargar velas.

Edmundo observó con una mirada indiferente el principio de la maniobra, y viendo á punto de ejecutarse sus órdenes, se volvió hacía su interlocutor.

—¿Pero cómo sucedió esa desgracia?—continuó el naviero reanudando su conversación.

—¡Oh Dios mío! de repente. Después de una larga plática con el comandante del puerto, el capitán Leclerc salió de Nápoles haciendo agitado, y no habían pasado veintiocho horas cuando le acometió la fiebre... y á los tres días ya había muerto. Le hicimos los funerales de ordenanza, reposa decorosamente envuelto en una hamaca, con una bala de á treinta y seis á los pies y otra á la cabeza, á la altura de la isla de Giglio. La cruz de la Legión de honor y la espada las conservamos y las traemos á su viuda.

Es muy triste en verdad—continuó el joven con melancólica sonrisa—hebre hecho la guerra á los ingleses por espacio de diez años, y morir después en su cama como un cualquiera.

—¿Y qué hemos de hacerle, señor Edmundo?—replicó el naviero cada vez más tranquilo—somos mortales y es necesario que los viejos cedan su puesto á los jóvenes: á nosser así, no habría sucesor y pues me aseguráis que el cargamento...

—Se halla en buen estado, señor Morrel. Os aconsejo pues, que no lo cedáis ni aun con veinticinco mil francos de ganancia.

En seguida y viendo que habían pasado ya la torre Redonda, gritó Edmundo: —Largad las velas de las escotas, el foque y las de mesana.

La orden se ejecutó casi con igual exactitud que en un buque de guerra.

—¡Amaina y carga por todas partes.

—Sin embargo—repuso el naviero mirando á Dantés que fondeaba en este instante—me parece que no se necesita ser marino viejo, como decís, para estar amostrado en el oficio. Y si no, ahí tenéis á nuestro amigo Edmundo, que sabe el suyo de una manera que no ha de menester lecciones de nadie.

—¡Oh! sí—dijo Danglars dirigiéndolo a mirada aviesa en que se revelaba un odio reconcentrado—parece que esto joven todo lo sabe. Apenas murió el capitán se apoderó del mando del buque sin consultar á nadie, yaun nos hizo perder día y medio en la isla de Elba en vez de seguir á Marsella.

—En cuanto á tomar el mando del buque—repuso el naviero—hizo su deber; en cuanto á perder día y medio en la isla de Elba, ha hecho mal á no tener que reparar alguna avería.

—Señor Morrel, el bergantín se hallaba en el mejor estado y aquella detención no puro capricho, gana de bajar á tierra, no lo dudeis.

—Dantés—dijo el naviero encarándose con el joven—venid acá.

—Disimuladme señor Morrel—respondió Dantés—voy en seguida.

Y en seguida ordenó á la tripulación: «Fondos»; é inmediatamente cayó el ancla al agua, haciendo rodar la cadena con gran ruido. Dantés permaneció en su puesto no obstante la presencia del piloto, hasta que esta última maniobra se hubo terminado.

—¡Bajad el gallardete hasta la mitad del mástilero—gritó en seguida—¡iza el pabellón, curza las vergas!

—¡Lo veis?—observó Danglars—so creo ya capitán.

—Y de hecho lo es—contestó el naviero.

—¡Oh! sí—dijo Danglars dirigiéndolo a mirada aviesa en que se revelaba un odio reconcentrado—parece que esto joven todo lo sabe. Apenas murió el capitán se apoderó del mando del buque sin consultar á nadie, yaun nos hizo perder día y medio en la isla de Elba en vez de seguir á Marsella.

—En cuanto á tomar el mando del buque—repuso el naviero—hizo su deber; en cuanto á perder día y medio en la isla de Elba, ha hecho mal á no tener que reparar alguna avería.

—Señor Morrel, el bergantín se hallaba en el mejor estado y aquella detención no puro capricho, gana de bajar á tierra, no lo dudeis.

—Dantés—dijo el naviero encarándose con el joven—venid acá.

—Disimuladme señor Morrel—respondió Dantés—voy en seguida.

Y en seguida ordenó á la tripulación: «Fondos»; é inmediatamente cayó el ancla al agua, haciendo rodar la cadena con gran ruido. Dantés permaneció en su puesto no obstante la presencia del piloto, hasta que esta última maniobra se hubo terminado.

—¡Bajad el gallardete hasta la mitad del mástilero—gritó en seguida—¡iza el pabellón, curza las vergas!

—¡Lo veis?—observó Danglars—so creo ya capitán.

—Y de hecho lo es—contestó el naviero.